

alguien, debemos discernir en nuestro espíritu si esta persona ha cometido un pecado de muerte. Entonces, debemos orar de una manera diferente.

En conclusión, necesitamos aprender cuatro cosas. Primero, necesitamos ver que el pecado es un problema aun en la vida de iglesia y que ciertos pecados son muy serios a los ojos de Dios. Nunca debemos ser negligentes o descuidados. Temo por aquellos que se han rebelado en el recobro del Señor. Tocar el gobierno de Dios es un asunto muy serio. Segundo, necesitamos aprender a ser profundos en el Señor, a ser absolutamente uno con Él en la comunión divina. Tercero, necesitamos conocer el corazón de Dios, Su voluntad. Cuarto, necesitamos tener un pleno discernimiento respecto al tipo de pecado que ha cometido un hermano y respecto a la condición y posición de ese miembro del Cuerpo en particular.

Ésta no es una palabra elevada, pero es muy necesaria. Creo que el Señor nos ha hablado. Que nos levantemos para ser el testimonio de Dios y ser los que dan vida, para que muchos más puedan creer, conocer y recibir el beneficio de la vida eterna que ha sido dispensada e impartida en ellos. Todo esto es para la edificación del Cuerpo del Señor, la realización de Su propósito y el cumplimiento de Su economía.—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

El verdadero Dios como la vida eterna, y los siete resultados de los siete misterios hallados en la Primera Epístola de Juan (Mensaje 12)

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:12-14; 4:4; 5:4-5, 18, 20-21;
2 Jn. 7, 9-11; 3 Jn. 9-10

- I. El Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero, el Dios genuino y real—1 Jn. 5:20:
 - A. Este entendimiento es la facultad de nuestra mente después de ser iluminada y fortalecida por el Espíritu de realidad, para que comprenda la realidad divina en nuestro espíritu regenerado—Ef. 4:23; Jn. 16:12-15.
 - B. El *conocer* mencionado en 1 Juan 5:20 es la capacidad de la vida divina para conocer al verdadero Dios en nuestro espíritu regenerado mediante nuestra mente renovada, que ha sido iluminada por el Espíritu de realidad—Jn. 17:3; Ef. 1:17.
 - C. En 1 Juan 5:20 *Aquel que es verdadero* —o el Verdadero— se refiere a Dios quien llega a ser subjetivo para nosotros, esto es, al Dios que es objetivo, pero que llega a ser el Verdadero en nuestra vida y experiencia:
 1. El Verdadero es la realidad divina; conocer al Verdadero significa conocer la realidad divina como resultado de experimentar, disfrutar y poseer esta realidad.
 2. Esto indica que la realidad divina —Dios mismo, quien anteriormente era objetivo para nosotros— ha llegado a ser nuestra realidad subjetiva en nuestra experiencia—v. 6.
 - D. Estar en Aquel que es verdadero es estar en Su Hijo Jesucristo—v. 20:
 1. Esto indica que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios.

2. También indica que el Verdadero y Jesucristo son uno, puesto que moran el uno en el otro; por tanto, estar en el Hijo es estar en el Verdadero.
- E. La palabra *éste*, mencionada en el versículo 20, se refiere a Dios, quien vino por medio de la encarnación y nos dio la capacidad de conocerle a Él como el Dios auténtico y de ser uno con Él orgánicamente en Su Hijo Jesucristo:
 1. Este Dios genuino y verdadero es la vida eterna para nosotros, lo cual nos permite participar de Él como Aquel que lo es todo para nuestro ser regenerado.
 2. *Éste* se refiere al verdadero Dios y a Jesucristo en quien estamos; esto incluye el hecho de que estamos en esta persona, el Verdadero, e implica que, en la práctica, la vida eterna es el Dios en quien estamos en nuestra experiencia.
 3. Por lo tanto, el verdadero Dios y la vida eterna incluye el hecho de que estemos en el Verdadero y en Su Hijo Jesucristo; ahora, en términos de nuestra experiencia, el Verdadero llega a ser el verdadero Dios, y Jesucristo llega a ser la vida eterna.
- II. Las epístolas de Juan revelan los siete resultados de los siete misterios hallados en 1 Juan: la vida (1:1-7), la comunión (vs. 3, 5-10), el permanecer (2:5-6, 24, 27-28; 3:24), la unción (2:20, 27), el nacimiento divino (v. 29; 3:9; 4:7; 5:1), la simiente divina (3:9), y el agua, la sangre y el Espíritu (5:6-9):
 - A. En la vida de iglesia siempre habrá distinciones en el nivel de vida—2:12-14:
 1. El crecimiento en vida es lo que ocasionará que haya distinciones en cuanto a la vida entre los niños, los jóvenes y los padres.
 2. Si no hay ningún crecimiento en vida, todos los creyentes se encontrarán en el mismo nivel en lo que a la vida se refiere.
 - B. Habrá un poderoso testimonio de victoria, el testimonio de que el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo—4:4:
 1. El que está en los creyentes es el Dios Triuno, quien mora en ellos como el Espíritu vivificante, todo-inclusivo, que los unge, y quien los fortalece desde su interior con todos los ricos elementos del Dios Triuno—Ef. 3:16-19.

2. *El que está en el mundo* es Satanás, el espíritu maligno; él es inferior y menos fuerte que el Dios Triuno.
- C. Venceremos al mundo—1 Jn. 5:4-5:
 1. Los creyentes regenerados tienen la capacidad de la vida divina para vencer el mundo, el poderoso sistema satánico mundial—v. 5; 2:15.
 2. El espíritu regenerado del creyente regenerado vence al mundo; el nacimiento divino que ha experimentado el creyente en virtud de la vida divina, es el factor básico que lo capacita para llevar tal vida victoriosa—5:4.
- D. El maligno no nos tocará—v. 18:
 1. *El maligno* se refiere a alguien que es maligno de una manera perniciosa y dañina, alguien que afecta a otros, influyendo en ellos para hacerlos malignos y crueles; Satanás, el diablo, es esta persona maligna en quien yace el mundo entero—v. 19.
 2. Un creyente regenerado (especialmente su espíritu regenerado, que nació del Espíritu de Dios: Jn. 3:6) se guarda a sí mismo de vivir en pecado, y el maligno no le toca (en particular no toca su espíritu regenerado):
 - a. Lo que determina si estamos o no bajo la autoridad de Satanás no es lo que hacemos, sino más bien, si estamos en el Espíritu o estamos en la carne—Gá. 5:16-17.
 - b. Mientras permanecemos en el espíritu mezclado —el espíritu humano mezclado con el Espíritu divino para ser un solo espíritu— seremos guardados, y Satanás no podrá hacer nada con nosotros—1 Co. 6:17; 1 Jn. 5:18.
- E. No tendremos ídolos—v. 21:
 1. Los *ídolos* se refieren a los sustitutos heréticos que reemplazan al verdadero Dios como también a todo lo que reemplace al verdadero Dios, al Dios que experimentamos subjetivamente, esto es, al Dios a quien hemos experimentado y seguimos experimentando—4:13-15.
 2. Un ídolo es cualquier cosa que reemplace al verdadero Dios, el Dios Triuno que experimentamos en la práctica como nuestra vida—5:20.
- F. Rechazaremos los anticristos—2 Jn. 7, 9-11; 1 Jn. 2:18, 22:
 1. Un anticristo es alguien que niega la deidad de Cristo, que

niega que Jesús es el Cristo, es decir, alguien que niega al Padre y al Hijo, que niega que Jesús es el Hijo de Dios, y que no confiesa que Él vino en la carne por medio de la concepción divina efectuada por el Espíritu Santo—v. 23; 4:2-3.

2. El principio del anticristo consiste en negar alguno de los aspectos de la persona de Cristo y reemplazarlo con algo que no es Cristo—2:18.
- G. No seguiremos a los que causan divisiones—3 Jn. 9-10:
1. A Diótfes le encantaba ser el primero; esto es la auto-exaltación expresada por las acciones de una persona—v. 9.
 2. Diótfes dominaba la iglesia en la cual estaba, pues rechazaba a los apóstoles y a ciertos santos que eran buenos, y hasta expulsaba de la iglesia a aquellos que recibían a estos santos—v. 10.
 3. La división principalmente se debe a la rivalidad por el liderazgo; si rehusamos seguir a los que se designan a sí mismos como líderes, no habrá ninguna división entre nosotros—Lc. 22:24-27.

MENSAJE DOCE

EL VERDADERO DIOS COMO LA VIDA ETERNA, Y LOS SIETE RESULTADOS DE LOS SIETE MISTERIOS HALLADOS EN LA PRIMERA EPÍSTOLA DE JUAN

El tema que abordaremos en este mensaje abarca dos asuntos de gran importancia: el verdadero Dios como la vida eterna y los siete resultados de los siete misterios presentados en la Primera Epístola de Juan. Sin embargo, comenzaremos a internarnos en estos dos temas únicamente de manera inicial y esperamos que los santos y las iglesias profundicen en dichos temas en su búsqueda por conocer mejor la verdad. Después, tenemos la carga de dar unas palabras de conclusión no solamente de este mensaje, sino con respecto a todo este estudio de cristalización de las epístolas de Juan.

Realmente, 1 Juan 5:20 constituye la conclusión crucial y misteriosa de estas epístolas. Es posible que aún después de dedicar un tiempo para considerar este versículo, no lleguemos a comprenderlo por completo. Personalmente, me he esforzado por entender este versículo desde que el hermano Lee ministró sobre el mismo hace veinticuatro años en el entrenamiento del *Estudio-vida de 1 Juan*. Por tanto, en este mensaje intentaremos abrir este versículo de una manera inicial para que las iglesias y los santos puedan seguir profundizando en el mismo.

En el versículo 20 Juan dice: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna”. ¿A qué se refiere la palabra *éste* en la última parte del versículo? Más aún, ¿qué quiere decir Juan cuando afirma que “el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento”? ¿Cómo es que el Hijo de Dios vino y de qué manera el Hijo de Dios nos dio entendimiento? ¿En qué consiste este entendimiento? Según el texto original griego, Juan literalmente dice que tenemos entendimiento “a fin de conocer al Verdad, y estamos en el Verdad, en Su Hijo Jesucristo”. Poseemos, pues, entendimiento; por lo cual conocemos al Verdadero, a Aquel que es verdadero. Más aún, nosotros estamos en

el Verdadero, en Aquel que es verdadero, estamos en Su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna. Juan habla del Dios verdadero, el Verdadero, Su Hijo Jesucristo y la vida eterna; todo lo cual está incluido en la palabra *éste*.

Para entender lo dicho por Juan en este versículo, es necesario abordarlo en tres etapas. Primero, tenemos que abordar este versículo mediante un resumen de lo que podría ser el pensamiento central del mismo. Me parece que tengo una clara noción de cuál es el pensamiento central de este versículo, pero no es bueno confiar demasiado en uno mismo con respecto a los asuntos divinos. Después tenemos que examinar este versículo casi palabra por palabra. Por último, leeremos la primera sección del bosquejo que corresponde a este mensaje. Después de haber hecho todo esto, es probable que un rayo de luz nos alumbré. Nuestra esperanza, nuestra expectativa viva, con respecto al presente mensaje es bastante modesta: recibir un poco de luz, un rayito de luz, el cual en combinación con las palabras de conclusión que daremos al final de este mensaje, podría darnos una manera de entrar en el ministerio de Juan por el resto de nuestros días. Entonces, poco a poco, en la medida en que permanecemos en Cristo, vivimos en la comunión divina, aprendemos a Cristo por la enseñanza de la unción, llegamos a ser Él en amor y justicia, oramos en la comunión de la vida divina y crecemos día a día, entonces recibiremos más y más entendimiento espiritual.

El pensamiento central de este versículo es:

Dios es verdadero; Él es verdadero en Sí mismo. Además, el Hijo de Dios, Jesucristo, es la vida eterna; Él es vida en Sí mismo. Más aún, debido a que estamos en el Dios verdadero y en Su Hijo Jesucristo, Dios, quien es real en Sí mismo, es ahora real en nosotros y para nosotros; y el Hijo de Dios, Jesucristo, quien es la vida eterna en Sí mismo, es ahora vida eterna en nosotros y para nosotros. Por tanto, Dios quien es una realidad objetiva, quien existe eternamente y por Sí mismo y quien, como tal, trasciende el tiempo y el espacio, ha llegado a ser subjetivo para nosotros como Aquel en quien estamos. Este Dios, quien es verdadero en Sí mismo y en nosotros, y Su Hijo Jesucristo, quien es vida en Sí mismo y en nosotros, así como el hecho de que nosotros estamos en Él, *éste* es el Dios real y verdadero y *éste* es la vida eterna.

En este versículo Juan habla del Dios en quien estamos y del Hijo de Dios, Jesucristo, en quien estamos. Él nos da a entender que en nuestra experiencia, el Verdadero, Su Hijo Jesucristo, el Dios verdadero y la vida eterna, todos ellos son una sola persona. Más aún, debido a que estamos en Él, podemos decir: “Este Dios en quien vivo, este Dios en quien estoy: *Éste* es el verdadero Dios; y Su Hijo Jesucristo en quien estoy: *Éste* es la vida eterna”.

Ahora repasemos este versículo poco a poco. “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna”. En primer lugar, ¿a quiénes se refiere el sujeto tácito *nosotros* del verbo *sabemos*? No pretendo saber de manera cabal a quiénes se refiere, pero podríamos afirmar con certeza que en principio se refiere a los apóstoles, pues son ellos quienes, según 1 Juan 1:3, tienen comunión con el Padre y con Su Hijo. Estos son los apóstoles cuyas enseñanzas conforman la constitución de los creyentes (Hch. 2:42; 1 Ti. 6:3; Tit. 1:9; 2 Jn. 9). Más aún, este *nosotros* también incluye a todos los miembros del Cuerpo de Cristo que han sido introducidos en la comunión de los apóstoles mediante la enseñanza de los apóstoles. Por tanto, el “sabemos” en este versículo es un saber corporativo y una experiencia corporativa.

Juan no dice: “*Creemos* que el Hijo de Dios ha venido”, ni tampoco “*pensamos* que el Hijo de Dios ha venido” o “*sentimos* que el Hijo de Dios ha venido”. No, él dice: “*Sabemos* que el Hijo de Dios ha venido”, y usa la palabra griega *oidamen*, que significa “sabemos de manera subjetiva y de acuerdo con nuestra experiencia”. Así pues, conocemos estas cosas mediante la vida divina en nuestro espíritu mezclado, la cual opera juntamente con nuestra mente iluminada y renovada, capacitándonos para experimentar, disfrutar y poseer a Dios. A medida que nosotros experimentemos, disfrutemos y poseamos a Dios, la vida de Dios fluirá a nuestra mente, iluminándola y renovándola, para que podamos saber. Juan usa esta palabra *saber* o *conocer* muchas veces en su primera epístola. Él dice: “*Sabemos* que estamos en Él” (2:5), “Vosotros tenéis la unción del Santo, y todos vosotros *tenéis conocimiento*” (v. 20), “La *conocéis* [la verdad]” (v. 21), “*Sabéis* que Él se manifestó para quitar los pecados, y no hay pecado en Él” (3:5), “En esto *conoceremos* que somos de la verdad” (v. 19), “En esto *sabemos* que Él permanece en nosotros” (v. 24), “En esto *conocéis* el Espíritu de Dios” (4:2), “En esto *conocemos* el Espíritu de verdad y el espíritu de engaño” (v. 6), “En esto *conocemos* que

permanecemos en Él, y Él en nosotros” (v. 13), “Estas cosas os he escrito a vosotros [...] para que *sepáis* que tenéis vida eterna” (5:13), “*Sabemos* que Él nos oye” (v. 15a), “*Sabemos* que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.” (v. 15b), y “*Sabemos* que somos de Dios” (v. 19). Este conocimiento al que se refiere Juan en sus epístolas es un conocimiento en la luz divina, la cual es la naturaleza de la expresión de Dios, y un conocimiento en la vida divina, la cual es el contenido de Dios y lo que fluye de Él.

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido. Su venida ocurrió en dos etapas principales. En Juan 1:14 Él, el Verbo, se hizo carne, al venir mediante la encarnación por el Espíritu y con el Padre. Por tanto, la totalidad de la Trinidad Divina estuvo involucrada en Su encarnación. Sin embargo, aquella fue Su venida de forma objetiva. Según Efesios 2:17, después que Él hizo la paz en la cruz, Él vino y nos anunció la paz como evangelio. Ésa fue Su venida en resurrección como el Espíritu vivificante. Por tanto, el Hijo de Dios —mediante la encarnación, la crucifixión y la resurrección— ha venido a nuestro ser como el Espíritu vivificante y nos ha dado entendimiento. Esto es lo que dice 1 Juan 5:20.

“El Hijo de Dios [...] nos ha dado entendimiento”. La palabra griega *diánoia*, traducida “entendimiento” está estrechamente relacionada con la mente. La verdad en el Nuevo Testamento con respecto al conocimiento o al entendimiento es muy equilibrada. Nosotros contactamos a Dios y le conocemos por medio de nuestro espíritu. Nuestro espíritu tiene la función de intuición, por medio de la cual conocemos directamente a Dios. Sin embargo, no somos como aquellos que hablan en lenguas, quienes al hablar un lenguaje incomprensible dejan a un lado la mente. Pablo dice en 1 Corintios 14:15: “Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con la mente”. Conozco a un hermano muy querido, pero que se ha desviado, que tiene el concepto de que si uno usa su mente, no está en el espíritu. Este hermano afirma que los hermanos que redactan los bosquejos para los entrenamientos y conferencias no están en el espíritu, pues para componer estos bosquejos ellos tienen que valerse de su mente. El Señor sabe que no queremos defendernos a nosotros mismos. Es verdad que tenemos que usar nuestra mente para redactar los bosquejos. Sin embargo, es una experiencia muy dulce y armoniosa valernos de nuestra mente y nuestro espíritu juntos, como dos miembros de una pareja que están casados. Nuestra mente es la “esposa” que está felizmente casada con nuestro “espíritu-esposo”. Por tanto, se nos ha dado

entendimiento por medio de la facultad de nuestra mente iluminada la que ha sido fortalecida por el Espíritu de realidad y, como resultado de ello, sabemos.

En 1 Juan 5:20 continúa diciendo: “Para conocer a Aquel que es verdadero”. La palabra griega para “verdadero” es un adjetivo: *alethinós*, la cual está estrechamente vinculada al sustantivo *alétheia*. Esta palabra significa “real” o “genuino”; en oposición a “falsificado” o “falso”. De alguna manera, Juan usa este adjetivo como un sustantivo; por tanto, cuando él dice: “Aquel que es verdadero”, también podría traducirse simplemente como “el Verdadero”. Esta es pues una designación de Dios como la realidad. Él es el Verdadero, el Real, el Genuino. Juan nos está diciendo: “conocemos al Verdadero, a Aquel que es verdadero. Conocemos al Dios real y genuino”. Esta clase de conocimiento es un conocimiento subjetivo. Él dice: “Conocemos al Verdadero, al Dios auténtico y real, conocemos a Aquel que es verdadero”. Conocer al Verdadero, al Dios genuino y real, en este mundo de mentiras y engaños, es algo muy precioso. Debido a que tenemos el entendimiento que nos fue dado por el Hijo de Dios en el Cuerpo de Cristo y en la comunión de la vida divina, conocemos a la Verdad, a Aquel Verdadero, a Aquel que es verdad.

Después Juan prosigue: “Y estamos en el verdadero”. Nuevamente, según el griego, esto también puede leerse como “estamos en el Verdadero” o “estamos en el Real”. Este versículo demuestra que Dios mismo es la única realidad divina. Él es el Verdadero. Cuando comparamos esto con Juan 8:44, donde se habla del diablo, podemos ver lo horrendo que es el diablo: “Él ... no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”. El diablo no permanece en la verdad, pues no hay verdad en él. Más aún, cuando él habla mentira, comunica su propio ser. Él se ha metamorfoseado mágicamente en la mentira, la falsedad. Él es el padre de los mentirosos y ataca los intereses del Señor con mentiras, falsedades y engaños. Juan sabía esto y combatía contra esto en esta epístola. Él comprendía que él era un hermano anciano, que todavía vivía dependiendo del “si” condicional de Juan 21:22 y tenía la carga de hacerles ver a sus hijitos que “ustedes tienen la unción, que les ha dado entendimiento; por tanto, permanezcan en la comunión divina, en la comunión de ‘nosotros’, pues ‘nosotros’ conocemos al Verdadero y estamos en el Verdadero, Aquel que es Verdadero”.

En 1 Juan 5:20 se nos dice: “Y estamos en el verdadero, en Su Hijo

Jesucristo”. El griego carece de puntuación y las palabras simplemente están juntas. Sin embargo, en nuestro idioma hemos separado estas dos afirmaciones con una coma. ¿Cómo entonces entendemos esta frase? No podemos simplemente insertar la conjunción *y* después de la coma; para entender que estas dos afirmaciones están en aposición. Esto indicaría que el Verdadero y Su Hijo Jesucristo son una sola persona y la misma. Sabemos por otros versículos del Nuevo Testamento que estos dos son uno y tienen una relación de coherencia (Jn. 14:20; 17:21). Sin embargo, también sería posible considerar la segunda frase, “en Su Hijo Jesucristo”, como una frase que modifica la afirmación anterior, es decir, que ella explicaría de qué manera podemos estar en el Verdadero. Independientemente de cómo entendamos esto, el resultado es el mismo: estamos en el Verdadero, en Su Hijo Jesucristo.

En esta parte de 1 Juan 5:20, Juan se torna muy misterioso y usa la palabra *éste* al decir: “Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna”. La palabra *éste* aquí, no podría indicar una gran diversidad de cosas, pues si se refiriera a muchas cosas, él habría usado la palabra *estos*. Por tanto, “*éste*” tiene que referirse a todo lo mencionado anteriormente como una totalidad o un conglomerado que es experimentado por nosotros. Él dice: “Éste es el verdadero Dios”. ¿Quién es el verdadero Dios? El verdadero Dios incluye a Aquel que es Verdadero, Su Hijo Jesucristo y el hecho de que estamos en Él. En esta coyuntura, el Dios que de manera objetiva es verdadero en Sí mismo, ha llegado a ser verdadero en nosotros y para nosotros. Su ser verdadero, que sea el verdadero Dios, incluye el hecho de que nosotros estamos en Él y debido a que estamos en Él, podemos afirmar —como realidad experimentada por nosotros— que “este Dios en quien estoy es el Dios real”.

En realidad, muchos teólogos académicos no tienen al Dios real. Ellos tal vez conozcan a Aquel que es verdadero de manera objetiva. Es posible que ellos posean, en parte, información correcta acerca del Dios verdadero; pero no pueden —desde su espíritu mezclado y ejercitado, el cual permanece con los creyentes en Dios y de manera corporativa— declarar: “Este Dios en quien estoy morando en este preciso momento es el Dios real”. Además, Juan, pone aquí a “*éste*” como equivalente de la vida eterna. Si Juan estuviera aquí hoy, podría decirle a muchos de esos teólogos: “Ustedes, teólogos sistemáticos, son tan objetivos que no tienen esperanza. Podemos admitir que ustedes tienen estas cuatro cosas en términos doctrinales. Ustedes tienen al Verdadero, a Su Hijo Jesucristo, al Dios verdadero y la vida eterna, pero los

tienen de manera objetiva; es decir, estos ‘cuatro’ son realidades meramente objetivas para ustedes”. Con personas así, Juan no podía sentirse satisfecho ni contento, pues él no estaba en esa clase de ámbito, un ámbito objetivo. Más bien, Juan es, sin vergüenza y de manera auténtica, subjetivo en términos de su experiencia. Él habla del Dios en quien él vive y permanece, con quien tiene comunión y a quien ora. Él desea que todos nosotros comprendamos que el Hijo de Dios que mora en nosotros como el Espíritu nos ha dado entendimiento en nuestra mente, la cual está siendo constantemente renovada por la vida divina y, como resultado que poseemos este entendimiento, conocemos la verdad. No solamente creo que Cristo es el Espíritu vivificante; más bien, sé que Él es el Espíritu vivificante. No solamente creo que Cristo es el Primogénito entre muchos hermanos y que Él tiene millones de “gemelos”; más bien, sé que Él es el Primogénito. No solamente creo que Él está en mi espíritu, sino que sé que Él está en mi espíritu. No solamente espero estar en Él, sino que sé que estoy en Él. No solamente pienso tener vida eterna, sino que sé que tengo vida eterna. ¡Éste es el verdadero Dios y la vida eterna!

Se requerirá de la continua búsqueda espiritual por parte de todas las iglesias y los santos para comprender lo que esto significa. Por tanto, no me siento turbado si todo lo que recibimos de este mensaje es un rayo de luz. Éste es mi deseo para todos nosotros. Si un poquito de luz se filtra al interior de nuestro ser y empezamos a examinar detenidamente este versículo durante los próximos cuarenta años, lo entenderemos de manera cabal. Confío en que el Dios que está en nosotros, el Verdadero en quien estamos, el Espíritu de realidad, el Espíritu que nos unge, unirá nuestro ser con esta realidad a lo largo del tiempo.

**EL HIJO DE DIOS HA VENIDO, Y NOS HA DADO ENTENDIMIENTO
PARA CONOCER A AQUEL QUE ES VERDADERO,
EL DIOS GENUINO Y REAL**

**Este entendimiento es la facultad de nuestra mente
después de ser iluminada y fortalecida por el Espíritu de realidad,
para que comprenda la realidad divina
en nuestro espíritu regenerado**

El Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero, el Dios genuino y real (v. 20). Este entendimiento es la facultad de nuestra mente después de ser iluminada y fortalecida por el Espíritu de realidad, para que comprenda la

realidad divina en nuestro espíritu regenerado (Ef. 4:23; Jn. 16:12-15). En Marcos 12:30 se nos dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. El Señor nos creó con una mente, la cual cumple la función de interpretar los movimientos del Espíritu de realidad en nuestro espíritu, entenderlos y hablarlos mediante palabras de vida. Todo aquel que denigra la mente y conduce a las personas a estar “en el espíritu” sin tomar en cuenta la mente, las lleva a que se desvíen. No sean arrastrados por esta clase de concepto. Juan no estaba en esa clase de “éxtasis”. Más bien, él estaba en la vida divina y en el Ser Divino, y tenía una mente divina con un entendimiento espiritual.

El *conocer* mencionado en 1 Juan 5:20 es la capacidad de la vida divina para conocer al verdadero Dios en nuestro espíritu regenerado mediante nuestra mente renovada, que ha sido iluminada por el Espíritu de realidad

El *conocer* mencionado en 1 Juan 5:20 es la capacidad de la vida divina para conocer al verdadero Dios en nuestro espíritu regenerado mediante nuestra mente renovada, que ha sido iluminada por el Espíritu de realidad (Jn. 17:3; Ef. 1:17).

En 1 Juan 5:20 *Aquel que es verdadero —o el Verdadero— se refiere a Dios quien llega a ser subjetivo para nosotros, esto es, al Dios que es objetivo, pero que llega a ser el Verdadero en nuestra vida y experiencia*

El Verdadero es la realidad divina; conocer al Verdadero significa conocer la realidad divina como resultado de experimentar, disfrutar y poseer esta realidad

En 1 Juan 5:20 *Aquel que es verdadero —o el Verdadero— se refiere a Dios quien llega a ser subjetivo para nosotros, esto es, al Dios que es objetivo, pero que llega a ser el Verdadero en nuestra vida y experiencia. El Verdadero es la realidad divina; conocer al Verdadero significa conocer la realidad divina como resultado de experimentar, disfrutar y poseer esta realidad. Hace más de una década que en la revista *Affirmation & Critique* [Afirmación y Crítica] publicamos la “bomba” de la verdad concerniente al Dios Triuno; pese a ello, ciertos grupos continúan exhibiendo sus carencias con relación a esta verdad. Por tanto, me parece que uno de los próximos números de esta revista teológica deberá*

hacer un repaso completo de la verdad y realidad que hemos experimentado y disfrutado concerniente al Dios Triuno, un repaso que deberá ser hecho de manera completa y exhaustiva, y desde una perspectiva tanto objetiva como subjetiva. El hermano Lee dijo que la comisión especial que el Señor ha encomendado a Su recobro es la de enseñar a los cristianos la economía de Dios punto por punto para así corregir y, de ser necesario, derrotar, la teología tradicional, no en los temas suplementarios, sino en los asuntos fundamentales. Así pues, tenemos que unirnos a nuestro hermano Juan y ser polémicos de esta manera. Nosotros no nos oponemos a las personas, pero nos oponemos a las distorsiones teológicas y a las representaciones equívocas del Verdadero. Conocemos al Verdadero y estamos en el Verdadero. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna.

Esto indica que la realidad divina —Dios mismo, quien anteriormente era objetivo para nosotros— ha llegado a ser nuestra realidad subjetiva en nuestra experiencia

Esto indica que la realidad divina —Dios mismo, quien anteriormente era objetivo para nosotros— ha llegado a ser nuestra realidad subjetiva en nuestra experiencia (v. 6).

Estar en Aquel que es verdadero es estar en Su Hijo Jesucristo

Esto indica que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios

Estar en Aquel que es verdadero es estar en Su Hijo Jesucristo (v. 20). Esto indica que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios. ¡Jesús es Dios! ¡Jesús es Jehová! Jesús es Jehová quien vino en la carne, vivió como un Dios-hombre, murió por nuestra redención, fue resucitado, hecho el Espíritu vivificante y, que ahora, en este momento y aquí mismo, ¡mora en nuestro espíritu!

Esto también indica que el Verdadero y Jesucristo son uno, puesto que moran el uno en el otro; por tanto, estar en el Hijo es estar en el Verdadero

Esto también indica que el Verdadero y Jesucristo son uno, puesto que moran el uno en el otro; por tanto, estar en el Hijo es estar en el Verdadero.

La palabra *éste*, mencionada en el versículo 20, se refiere a Dios, quien vino por medio de la encarnación y nos dio la capacidad de conocerle a Él como el Dios auténtico y de ser uno con Él orgánicamente en Su Hijo Jesucristo

Este Dios genuino y verdadero es la vida eterna para nosotros, lo cual nos permite participar de Él como Aquel que lo es todo para nuestro ser regenerado

La palabra *éste*, mencionada en el versículo 20, se refiere a Dios, quien vino por medio de la encarnación y nos dio la capacidad de conocerle a Él como el Dios auténtico y de ser uno con Él orgánicamente en Su Hijo Jesucristo. Este Dios genuino y verdadero es la vida eterna para nosotros, para que podamos participar de Él como Aquel que lo es todo para nuestro ser regenerado.

Este se refiere al verdadero Dios y a Jesucristo en quien estamos; esto incluye el hecho de que estamos en esta persona, el Verdadero, e implica que, en la práctica, la vida eterna es el Dios en quien estamos en nuestra experiencia

Este se refiere al verdadero Dios y a Jesucristo en quien estamos; esto incluye el hecho de que estamos en esta persona, el Verdadero, e implica que, en la práctica, la vida eterna es el Dios en quien estamos en nuestra experiencia.

Por lo tanto, el verdadero Dios y la vida eterna incluye el hecho de que estemos en el Verdadero y en Su Hijo Jesucristo; ahora, en términos de nuestra experiencia, el Verdadero llega a ser el verdadero Dios, y Jesucristo llega a ser la vida eterna

Por lo tanto, el verdadero Dios y la vida eterna incluye el hecho de que estemos en el Verdadero y en Su Hijo Jesucristo; ahora, en términos de nuestra experiencia, el Verdadero llega a ser el verdadero Dios, y Jesucristo llega a ser la vida eterna para nosotros. Cuando Juan dice: “Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna”, incluye el hecho de que estamos en el verdadero Dios y en Jesucristo. Este Dios es un Dios diferente, en el sentido de que Dios ahora es conocido subjetivamente por nosotros. Él es conocido por nosotros en términos de nuestra experiencia. Ahora podemos probarle, beberle, comerle, respirarle, recrearnos

en Su luz, ser envueltos en Su amor, digerirle, asimilarle, tenerle como el elemento constitutivo de nuestro ser, morar en Él y andar en Él. Éste es el verdadero Dios en términos objetivos que ha llegado a ser el verdadero Dios en otro sentido, pues ahora nosotros estamos incluidos en el verdadero Dios y estamos envueltos en Él, al estar dentro de Él. Ahora, desde el interior del verdadero Dios, podemos testificar: “Éste es el Dios real. Éste es la vida eterna”. Juan no usa el pronombre demostrativo “aquello” como si se refiriera a algo que está lejos de nosotros o aparte de nosotros. *Éste* se refiere a Aquel en quien estoy. Les hablo desde el interior del verdadero Dios. Él es verdadero para mí. Él es real para mí. Él es vida para mí. Cuando comprendamos esto, hará que dancemos. ¿Saben dónde están ahora mismo? Están en el Verdadero, están en Su Hijo Jesucristo. Es así como podemos ministrar vida. Ministramos vida porque estamos en la vida misma. Esto es maravilloso.

LAS EPÍSTOLAS DE JUAN REVELAN LOS SIETE RESULTADOS DE LOS SIETE MISTERIOS HALLADOS EN 1 JUAN: LA VIDA, LA COMUNIÓN, EL PERMANECER, LA UNCIÓN, EL NACIMIENTO DIVINO, LA SIMIENTE DIVINA, Y EL AGUA, LA SANGRE Y EL ESPÍRITU

Las epístolas de Juan revelan los siete resultados de los siete misterios hallados en 1 Juan: la vida (1:1-7), la comunión (vs. 3, 5-10), el permanecer (2:5-6, 24, 27-28; 3:24), la unción (2:20, 27), el nacimiento divino (v. 29; 3:9; 4:7; 5:1), la simiente divina (3:9), y el agua, la sangre y el Espíritu (5:6-9). Estos siete resultados son el producto de nuestra experiencia de los siete misterios; no son el resultado de conocerlos. Ciertamente, no está mal ni es incorrecto conocerlos, pero si nos limitamos a conocerlos, no tendremos los siete resultados. Los siete misterios son: la vida, la comunión, la práctica de permanecer en Cristo, la unción, el nacimiento divino, la simiente divina, y el agua, la sangre y el Espíritu. Va a ser necesario que dediquemos tiempo, tanto en las iglesias como en nuestra vida personal, a explorar estos misterios.

En la vida de iglesia siempre habrá distinciones en el nivel de vida

El crecimiento en vida es lo que ocasionará que haya distinciones en cuanto a la vida entre los niños, los jóvenes y los padres

En la vida de iglesia siempre habrá distinciones en el nivel de vida (2:12-14). Se producirá el crecimiento de la vida divina y esto redundará

en que, con respecto a la vida, haya distinciones entre niños, jóvenes y padres.

En una situación normal, siempre habrá quienes sean niños, otros serán jóvenes fuertes y vigorosos, y también habrá padres. Si verdaderamente experimentamos todos estos misterios, tendremos entre nosotros muchos nuevos creyentes, los recién nacidos. Una hermana, cuya familia ha estado en el recobro del Señor hace apenas algunos meses, testificó acerca de cuán refrescantes y deliciosas eran las reuniones. Ella no se lamentó diciendo: “Oh, soy tan solo una niñita, una nueva”. Cuando visito a mis nietos, ellos se comportan conforme a su propio grado de crecimiento en la vida humana; ellos no vendrían a mí para decirme: “Abuelito, no soy digno de llevar tu apellido, ¡no soy digno!”. Es normal que los santos se encuentren en diferentes etapas en su crecimiento en vida. Si en una iglesia no hay padres, tenemos que orar para que los haya. Pero si estamos en una iglesia en la que sólo hay padres, debemos orar para que vengan los niños. También debemos orar para que haya jóvenes vigorosos. En 1977 algunos de nosotros experimentamos en la iglesia en Anaheim ciertos sufrimientos que esperamos no vuelvan a acontecer. En ese entonces, decenas de jóvenes abandonaron la iglesia. ¡Aquello fue una gran pérdida para nosotros y para ellos! Somos la casa de Dios; por tanto, debemos tener abuelos, padres, madres, jóvenes vigorosos y muchísimos niños. Si todos nos encontráramos en la misma condición, esto no sería bueno, pues sería un indicio de que ninguno está creciendo y que ninguno está engendrando.

*Si no hay ningún crecimiento en vida,
todos los creyentes se encontrarán en el mismo nivel
en lo que a la vida se refiere*

Si no hay ningún crecimiento en vida, todos los creyentes se encontrarán en el mismo nivel en lo que a la vida se refiere. Estar en la misma condición no es saludable. Por supuesto, será muy saludable cuando todos lleguemos a la plena madurez en la eternidad. Mientras tanto, es normal que en la vida de iglesia haya diferencias en cuanto a la vida.

**Habrá un poderoso testimonio de victoria,
el testimonio de que el que está en nosotros
es mayor que el que está en el mundo**

Habrá un poderoso testimonio de victoria, el testimonio de que el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo (4:4).

Debemos declarar: “¡El que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo!”. El que está en nosotros es el Dios Triuno. El que está en el mundo es Satanás, el diablo. Pero mayor es el Dios Triuno que está en nosotros que el diablo, quien está en el mundo. Debido a ello, somos invencibles e in conquistables, pues el Dios-Triuno, quien no puede ser vencido ni conquistado por nadie, mora en nuestro espíritu.

*El que está en los creyentes es el Dios Triuno,
quien mora en ellos como el Espíritu vivificante,
todo-inclusivo, que los unge, y quien los fortalece desde su interior
con todos los ricos elementos del Dios Triuno*

El que está en los creyentes es el Dios Triuno, quien mora en ellos como el Espíritu vivificante, todo-inclusivo, que los unge, y quien los fortalece desde su interior con todos los ricos elementos del Dios Triuno (Ef. 3:16-19). Esto es lo que nos sucederá cada día por el resto de nuestra vida, seremos fortalecidos con las riquezas del Dios Triuno procesado. No obstante, esto no nos convertirá en héroes; antes bien, nos hará miembros normales del Cuerpo.

*El que está en el mundo es Satanás, el espíritu maligno;
él es inferior y menos fuerte que el Dios Triuno*

El que está en el mundo es Satanás, el espíritu maligno; él es inferior y menos fuerte que el Dios Triuno. Es probable que Isaías 14 sea un indicio de lo que acontecerá cuando finalmente Satanás sea desenmascarado, derribado y arrojado al lago de fuego de una vez por todas. En ese tiempo, podremos decirle: “¡Pero si no eres más que una alimaña! Hiciste que te temiéramos, ¡pero no eres nada! Atormentaste a todas las naciones, pero ahora vas a recibir tu merecido. En primer lugar, te vas a ir al abismo y luego, serás arrojado al lago de fuego. Mas nosotros hemos llegado a ser la Nueva Jerusalén”.

Venceremos al mundo

Los creyentes regenerados tienen la capacidad de la vida divina para vencer el mundo, el poderoso sistema satánico mundial

Venceremos al mundo (1 Jn. 5:4-5). Los creyentes regenerados tienen la capacidad de la vida divina para vencer el mundo, el poderoso sistema satánico mundial (v. 5; 2:15).

El espíritu regenerado del creyente regenerado vence al mundo; el nacimiento divino que ha experimentado el creyente en virtud de la vida divina, es el factor básico que lo capacita para llevar tal vida victoriosa

El espíritu regenerado del creyente regenerado vence al mundo; el nacimiento divino que ha experimentado el creyente en virtud de la vida divina, es el factor básico que lo capacita para llevar tal vida victoriosa (5:4). No debemos creer la mentira de que no podemos vencer o que hemos sido derrotados. Nuestro espíritu regenerado vence el sistema satánico mundial.

El maligno no nos tocará

El maligno no nos tocará (v. 18). Esta persona maligna es realmente perversa. Pongámosle al descubierto.

El maligno se refiere a alguien que es maligno de una manera pernicioso y dañina, alguien que afecta a otros, influyendo en ellos para hacerlos malignos y crueles; Satanás, el diablo, es esta persona maligna en quien yace el mundo entero

El maligno se refiere a alguien que es maligno de una manera pernicioso y dañina, alguien que afecta a otros, influyendo en ellos para hacerlos malignos y crueles; Satanás, el diablo, es esta persona maligna en quien yace el mundo entero (v. 19).

Un creyente regenerado (especialmente su espíritu regenerado, que nació del Espíritu de Dios) se guarda a sí mismo de vivir en pecado, y el maligno no le toca (en particular no toca su espíritu regenerado)

Un creyente regenerado (especialmente su espíritu regenerado, que nació del Espíritu de Dios, Jn. 3:6) se guarda a sí mismo de vivir en pecado, y el maligno no le toca (en particular no toca su espíritu regenerado). La estrategia del enemigo consiste en provocarnos a salir de nuestro espíritu. Una vez que salimos de allí, seremos vencidos. No debiéramos tener vergüenza de emprender la retirada para refugiarnos en nuestro espíritu regenerado. En cuanto escuchemos el sonido de la trompeta llamando a batirse en retirada, no debiéramos quedarnos solos en

el campo de batalla para enfrentar al enemigo. Más bien, tenemos que replegarnos internándonos en nuestro espíritu. Recuerdo un día del Señor, en 1968, en el que tuvimos la sorpresa de ver al hermano Lee en una reunión en el salón de la calle Elden de la iglesia en Los Ángeles. La razón de nuestra sorpresa era que él debía estar de viaje visitando otra localidad, pero debido a que había sido atacado por una fiebre y otros síntomas, él había decidido interrumpir su viaje y regresar a Los Ángeles para descansar. En aquella reunión él dijo: “La estrategia en la guerra espiritual consiste en replegarnos refugiándonos en el Señor”.

Hay un tiempo para permanecer firmes, otro para avanzar y otro para batirnos en retirada. Así que, podemos replegarnos a la torre de nuestro espíritu y entonar cantos de alabanzas y de regocijo, y, desde allí, incluso sonreírle al enemigo. Pero no abandonaremos nuestra torre. Estamos en la verdad. Estamos en Su Hijo Jesucristo. Estamos en el reino de Dios, que es la esfera de la vida. Estamos en la realidad del Cuerpo de Cristo. No nos desafíen ni nos reten a salir de allí. No hace mucho, recibí un correo de alguien que me desafiaba a leer cierto documento lleno de perversidad y muerte. Según ella, me desafiaba “a leerlo si era valiente”; pero en realidad, ella quería ver si “era tan tonto como para leerlo”. Yo no leo esa clase de escritos, sino que permanezco en la torre del espíritu mezclado.

Lo que determina si estamos o no bajo la autoridad de Satanás no es lo que hacemos, sino más bien, si estamos en el Espíritu o en la carne

Lo que determina si estamos o no bajo la autoridad de Satanás no es lo que hacemos, sino más bien, si estamos en el Espíritu o en la carne (Gá. 5:16-17). Si vivimos regidos por el árbol del conocimiento del bien y del mal que está en nuestra mente, pensaremos que si hacemos el bien, estamos en el Espíritu y que si hacemos el mal, entonces no estamos en el Espíritu. Para empezar, nos encontramos en el ámbito equivocado. Dónde estamos es lo que determina si estamos o no bajo la autoridad de Satanás.

Mientras permanezcamos en el espíritu mezclado —el espíritu humano mezclado con el Espíritu divino para ser un solo espíritu— seremos guardados, y Satanás no podrá hacer nada con nosotros

Mientras permanezcamos en el espíritu mezclado —el espíritu

humano mezclado con el Espíritu divino para ser un solo espíritu—seremos guardados, y Satanás no podrá hacernos nada (1 Co. 6:17; 1 Jn. 5:18). En el *Estudio-vida de Romanos* el hermano Lee incluye una serie de mensajes que tratan sobre cómo reinar en virtud de la vida divina. El título del mensaje 49 es “Reinar en vida sobre Satanás”. En ese mensaje el hermano Lee nos revela la misteriosa manera de reinar: permanecer en el espíritu. Él nos dice:

Vencer a Satanás no es asunto de tomar la determinación de poner nuestra carne en la cruz, sino de ver que el mismo Cristo quien es vida para nosotros está ahora en nuestro espíritu, y que debemos permanecer en Él. Ya que Cristo está en nuestro espíritu, debemos permanecer en el espíritu si queremos permanecer en Él. Si nos mantenemos en nuestro espíritu, tenemos la realidad de estar crucificados con Cristo y tenemos a Cristo como la vida que reina. Por nuestro esfuerzo no podemos reinar sobre Satanás, pero en Cristo, quien es la vida que reina, sí lo podemos hacer.

No se esfuerce por vencer a Satanás, pues él es demasiado fuerte y poderoso para usted. Cuanto más trate de vencerle, más será derrotado por él. Ninguno de nosotros es la excepción. La única manera de vencer a Satanás es permanecer en la torre alta de nuestro espíritu regenerado. Cuando estamos en esta torre, podemos reírnos de Satanás y decirle: "Satanás, ¿no sabes que yo estoy aquí en la torre alta de mi espíritu? ¿Qué me puedes hacer aquí? Dentro de muy poco serás aplastado bajo nuestros pies". (pág. 555)

Por lo tanto, cuando estamos en el espíritu, estamos en el Verdadero, estamos en Su Hijo Jesucristo y en el Dios verdadero quien es la vida eterna. Allí, el enemigo no nos puede tocar. Por experiencia puedo testificarles que cuando salimos de nuestro espíritu, empezamos a discutir o a reaccionar. Muchos de nosotros hemos aprendido esto como resultado de haber cometido muchos errores por décadas. Estas experiencias podemos transmitirles a los jóvenes, en especial a los que vienen al Entrenamiento de tiempo completo, con lo cual ellos pueden ser salvos de pasar muchas décadas aprendiendo de sus propios errores. Ellos deben beneficiarse de las experiencias que el Cuerpo ya ha tenido.

No tendremos ídolos

No tendremos ídolos (v. 21). Los *ídolos* se refieren a los sustitutos

heréticos que reemplazan al verdadero Dios como también a todo lo que reemplace al verdadero Dios, al Dios que experimentamos subjetivamente, esto es, al Dios a quien hemos experimentado y seguimos experimentando (4:13-15). Un ídolo es cualquier cosa que reemplace al verdadero Dios, el Dios Triuno que experimentamos en la práctica como nuestra vida (5:20).

Rechazaremos los anticristos

Rechazaremos los anticristos (2 Jn. 7, 9-11; 1 Jn. 2:18, 22). Un anticristo es alguien que niega la deidad de Cristo, que niega que Jesús es el Cristo, es decir, alguien que niega al Padre y al Hijo, que niega que Jesús es el Hijo de Dios, y que no confiesa que Él vino en la carne por medio de la concepción divina efectuada por el Espíritu Santo (v. 23; 4:2-3). El principio del anticristo consiste en negar alguno de los aspectos de la persona de Cristo y reemplazarlo con algo que no es Cristo (2:18).

Basándonos en la preposición griega traducida “anti”, podemos decir también que el principio del anticristo consiste en reemplazar a Cristo con algo que no es Cristo. Dicha preposición significa “en contra de” y también “en lugar de”. Por consiguiente, el principio del anticristo comprende no sólo aquello que está en contra de Cristo, sino también aquello que es usado en lugar de Cristo, como por ejemplo, “la bondad-anticristo”, “la complacencia-anticristo”, “la humildad-anticristo”. De hecho, todo lo que no sea Cristo, reemplaza a Cristo. Pero cuando vivamos en todos estos siete misterios, rechazaremos todo lo que sea un anti-Cristo. Si un hermano recibe una gracia especial de parte del Señor, al concederle una hermana por esposa, ella le ayudará en gran manera a rechazar todo lo que sea anti-Cristo. Ella será la que tome la iniciativa de rechazar esto y Dios simplemente dirá: “Amén” a tal rechazo. Si el hermano ha sido iluminado, dirá: “Yo también lo rechazo. Eso no es Cristo”. Tenemos que rechazar todo lo que no sea Cristo.

No seguiremos a los que causan divisiones

*A Diótrefes le encantaba ser el primero;
esto es la auto-exaltación
expresada por las acciones de una persona*

No seguiremos a los que causan divisiones (3 Jn. 9-10). A Diótrefes le encantaba ser el primero; esto es la auto-exaltación expresada por las acciones de una persona (v. 9).

Juan escribió esta epístola a un hermano llamado Gayo (v. 1). En la

nota 2, el hermano Lee nos dice que este hermano Gayo “no se refiere a Gayo de Macedonia, del que se habla en Hechos 19:29, ni a Gayo de Derbe, mencionado en Hechos 20:4, ni a Gayo de Corinto, al cual se alude en 1 Corintios 1:14 y Romanos 16:23, sino a otro personaje del mismo nombre (este nombre era muy común en aquellos tiempos). Según el contenido de la epístola, Gayo era un hermano sobresaliente en la iglesia”.

En 3 Juan 9 el apóstol dice: “Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, el cual quiere ser el primero entre ellos, no nos recibe”. No somos personas idealistas. Existe una diferencia entre ser un visionario y un idealista. Un visionario ha recibido una visión en su espíritu por medio de la Palabra de Dios, la cual le fue revelada por el ministerio. En cambio, un idealista es aquel que se ha formado el concepto de que en la verdadera iglesia nunca se suscitarán problemas o discordias, y que nunca podría surgir un dictador. Lo que les diría a tales personas es que deben leer el Nuevo Testamento. Tan sólo en esta epístola podemos ver que había un problema con un hermano llamado Diótrefes, el cual quería ser el primero. El versículo 10 nos dice: “Por esta causa, si yo voy, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia”. En la actualidad existen hermanos como Diótrefes. Ellos le dirán: “Si usted recibe el ministerio de los hermanos compenetrados, debe irse. Esto no nos beneficia. Aquí nosotros somos la autoridad; somos los ancianos”.

La realidad es que Diótrefes, en la práctica, era el mismo Satanás, y Juan, en la práctica, era Dios. La clave está en la exaltación propia, la cual es vista en Satanás, quien se exalta a sí mismo, queriendo ser igual a Dios (Is. 14:13-14). De igual manera, debido a que se exaltaba a sí mismo, Diótrefes dominaba la iglesia y hablaba mal del apóstol. Al quejarse de Juan, Diótrefes se estaba oponiendo a la enseñanza y a la comunión apostólicas, las cuales Juan representaba, y estaba injuriando al gobierno de Dios sobre el Cuerpo, gobierno que Juan también representaba. Diótrefes estaba denigrando el ministerio de Dios, que la iglesia necesitaba desesperadamente. Se puso a parlotear y a clamar en contra de Juan, quejándose amargamente e injuriándolo. Además, si algunos hermanos querían recibir a otros hermanos, quienes eran uno con el ministerio de Juan, Diótrefes los expulsaba. Por esto, Juan nos dice: “Si yo voy, recordaré las obras que hace” (3 Jn. 9).

El propio Juan había sido muy ambicioso. Él y Jacobo junto con su madre aprovecharon la oportunidad y, aparentando hacer una oración, le pidieron al Señor que en Su reino les concediera sentarse a Su derecha y a Su izquierda (Mr. 10:37; cfr. Mt. 20:20-21). Si alguno echaba fuera demonios en el nombre del Señor, Juan no se los permitía, porque aquel no los seguía. Además, fue al Señor, diciéndole: “Maestro, vimos a uno que en Tu nombre echaba fuera demonios, y se lo prohibimos, porque no nos seguía” (Mr. 9:38). Realmente, lo que él quería decirle era: “Señor, ¿ves cuán brillante soy?”, sin darse cuenta que ponía al descubierto su mentalidad estrecha y elitista. Por lo cual, el Señor lo perfecciona al decirle: “No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga obra poderosa en Mi nombre, que pueda luego hablar mal de Mí. Porque el que no está contra nosotros, por nosotros está” (vs. 39-40).

No solamente Juan era ambicioso, todos los discípulos también eran ambiciosos. Según el relato del Evangelio de Lucas, inmediatamente después que el Señor instituyó Su cena, los discípulos empezaron una disputa sobre quién de ellos sería el mayor (22:24-27). Pero el Señor les dijo: “Los reyes de los gentiles se enseñorean de ellos [...] mas no así vosotros” (vs. 25-26). En su naturaleza, los discípulos no eran diferentes ni mejores que Diótrefes. Y el Señor lo sabía. ¿Cómo lograron ellos superar tal problema? En el versículo 31 Jesús le habló a Simón, quien representaba a todos los discípulos, diciendo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”. Era como si el Señor le dijera: “Yo sé cómo sois vosotros, Mis discípulos. Por eso, Satanás os ha pedido. Pero Yo le dije: ‘Satanás, Yo sé lo que son ellos y sé que tú los aborreces. Sé qué es lo que intentas hacer. Mas Yo te usaré a ti, para que los zarandees, los sacudas, los quebrantes, los aplastes y los reduzcas hasta que ya no haya en ellos ambición, orgullo, ni rivalidades”. Como resultado de haber sido zarandeados, en el Día de Pentecostés Pedro pudo ponerse en pie *junto con los once* para cumplir con la porción que le había sido asignada (Hch. 2:14). No somos mejores que ninguna persona rebelde que se exalta a sí misma sobre la faz de la tierra. Pero el Señor ha determinado que debe haber un ministerio puro y una compenetración pura entre Sus consiervos; para lo cual, si es necesario, podría incluso valerse de Su enemigo, tal como usó al enemigo en el libro de Job, para zarandearnos hasta que en nosotros no haya nada más que Cristo en nuestro espíritu. Luego en Lucas 22:32, el Señor le dijo a Pedro: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”. El Señor sabía que Pedro le negaría.

Después, mientras Pedro negaba al Señor y el gallo cantaba, el Señor se volvió y miró a Pedro, y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente (vs. 57-62). Por tres días, los discípulos fueron semejantes a una mujer que sufre de su alumbramiento en la angustiar. Luego al tercer día, ellos produjeron al Cristo corporativo. Tenemos que ser personas consagradas y puras. Tenemos que tomar la decisión de ser personas que no quieren ocupar el primer lugar, sino que anhelan ser esclavos que ministren vida.

Por una parte, Diótrfes quería ser el primero debido a su exaltación de sí mismo manifestada en sus acciones; por otra, Juan había sido zarandeado, quebrantado y aniquilado debido a la aplicación del agua, la sangre y el Espíritu. Juan había sido aniquilado por el agua, redimido por la sangre, y regenerado y reconstituido con el Espíritu. Como resultado, Juan llegó a ser Dios en funciones. Mientras Juan era un Dios-hombre, Diótrfes era un Satanás-hombre en la iglesia, el cual hacía sufrir a los santos que estaban allí. Pero independientemente de dónde estará Diótrfes en la próxima era, Juan ciertamente estará en uno de los doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel.

Si usted no quiere ser un Diótrfes, debe ponerse en manos del Señor y permitir que Él haga lo que sea necesario para rescatarlo del principio de Satanás, para librarlo del impulso satánico de la auto-exaltación. Si todos hacemos esto, terminaremos alabando al Señor por ello. Una de las coronas de misericordia que Él nos puede otorgar, es impedir que vayamos por la senda de la ambición. En el Entrenamiento de tiempo completo, en contraste con lo que se hace en otros lugares, no damos gloria a nadie. No permitiremos que ninguno se gloríe de sus méritos escolares. No vengan aquí procurando ser exaltados; más bien, vengan a ser aniquilados, redimidos y reconstituidos.

*Diótrfes dominaba la iglesia en la cual estaba,
pues rechazaba a los apóstoles
y a ciertos santos que eran buenos,
y hasta expulsaba de la iglesia
a aquellos que recibían a estos santos*

Diótrfes dominaba la iglesia en la cual estaba, pues rechazaba a los apóstoles y a ciertos santos que eran buenos, y hasta expulsaba de la iglesia a aquellos que recibían a estos santos (3 Jn. 10).

*La división principalmente se debe a la rivalidad por el liderazgo;
si rehusamos seguir a los que se designan
a sí mismos como líderes,
no habrá ninguna división entre nosotros*

La división principalmente se debe a la rivalidad por el liderazgo; si rehusamos seguir a los que se designan a sí mismos como líderes, no habrá ninguna división entre nosotros (Lc. 22:24-27). Dos hermanos personalmente me dijeron, por separado, que ellos eran los sucesores del hermano Lee. Otros dos, se valieron de sus subordinados para promoverse a sí mismos. Sin embargo, entre los colaboradores que se reúnen, oran y sirven juntos, no existe rivalidad alguna. No estoy en rivalidad con nadie ni con obra alguna en ningún país. Los santos reunidos aquí son servidos por un grupo de hermanos que no compiten entre sí. Cuando uno de estos hermanos asume una posición, todos nosotros la asumimos junto a él. Cuando uno de ellos da un mensaje, todos damos el mensaje con él. Tenemos que seguir este camino durante toda nuestra vida. Jamás debemos permitir que el enemigo nos desvíe; antes bien, solo necesitamos ser los consiervos.

UNA PALABRA DE CONCLUSIÓN

Para concluir, cubriremos seis puntos sobre el ministerio de Juan, los cuales nos serán de provecho a largo plazo. Primero, en los escritos de Juan vemos el asunto del árbol de la vida en oposición al árbol del conocimiento del bien y del mal. Juan estaba en la línea de la vida. Él era una parte del árbol de la vida y era un pequeño árbol de la vida. Todo cuanto él escribió, habló e hizo estaba regido por el principio del árbol de la vida. En sus epístolas él usó la preposición griega *ek* que se tradujo “de”, la cual nos remite a la fuente. Esta se halla en frases como, “no proviene *del* Padre, sino *del* mundo” (1 Jn. 2:16), “no como Caín, que era *del* maligno” (3:12), y “nosotros somos *de* Dios” (4:6; 5:19). Juan era un hermano que pertenecía al árbol de la vida y que conocía la existencia de los dos árboles. Estos dos árboles son dos fuentes. Con las dos fuentes, hay dos líneas. Con las dos líneas, hay dos caminos. Con los dos caminos, hay dos principios. Y con los dos principios, hay dos consumaciones. En pocas palabras, la línea del árbol del conocimiento del bien y del mal es la línea de la muerte, cuyo principio es la independencia, la cual nos hace vivir según lo que es correcto e incorrecto y según lo que es bueno o malo. Ésta es la fuente de todas las desviaciones. No obstante, Juan pertenecía al ámbito de la vida.

Cuando él intervenía en alguna situación, lo que hacía era impartir vida. En efecto, en sus epístolas, Juan nos dijo: “Les hemos compartido estas cosas, para que podáis tener comunión con nosotros. Estamos en el mismo fluir. Estamos en la comunión vertical y horizontal”.

Segundo, las epístolas de Juan fueron escritas en conformidad con el principio gobernante de toda la Biblia, esto es: el Dios Triuno se forja en nuestro ser como nuestra vida, como nuestro suministro de vida y como nuestro todo para hacer de nosotros Su expresión corporativa. En el libro *Entrenamiento para ancianos, libro 2: La visión del recobro del Señor*, el hermano Lee refiere que éste es el principio que debe gobernar todos nuestros mensajes, y que puede resguardarnos de toda desviación, así como guardarnos en la unidad (págs. 161-164). Todos los doce mensajes dados en el presente estudio de cristalización, siguen este mismo principio. Si hemos de conocer el ministerio de Juan, es menester conocer el principio gobernante de sus escritos, a saber: que el Dios Triuno se forja en nuestro ser para que seamos Su expresión.

Tercero, en las epístolas de Juan, el pensamiento subyacente es que el Dios Triuno llega a ser nuestra experiencia y disfrute mediante la encarnación, el vivir humano, la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Si estudiamos estas epístolas con detenimiento podremos detectar este pensamiento subyacente. En 1 Juan 4:10 se nos dice: “[Dios] envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados”. Esto alude a que Él vino, mediante Su encarnación, para ser nuestro sacrificio propiciatorio. Luego en 3:8 se nos dice: “Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo”. Dios nos dio a Su Hijo, para que nosotros pudiéramos tener Su vida y vivir por causa de Él. Ahora, en resurrección, Cristo es el Espíritu que mora en nosotros. La totalidad de todas estas cosas, es la realidad divina. Por lo tanto, el pensamiento subyacente de las epístolas de Juan es que el Dios Triuno llega a ser experimentado y disfrutado por nosotros mediante los procesos de la economía de Dios. Rechazamos a cualquiera que se oponga a esto, pero nos unimos a cualquiera que labora por esto.

Cuarto, aunque Juan parece ser una persona muy agradable y sencilla, de hecho él combate ferozmente en contra de las herejías, las mentiras, el engaño, el pecado, el mundo, los falsos profetas, el espíritu de engaño, aquellos que se exaltan a sí mismos y aquellos que son los anticristos. Él combate por la verdad. En Judas 3 dice: “Me ha sido necesario escribiros exhortándoos a que contendáis ardientemente por la fe que ha sido trasmitida a los santos una vez para siempre”. De la

misma manera, debemos apreciar este elemento polémico y combativo del ministerio de Juan. Nosotros combatimos, pero no en contra de las personas, sino en contra de las herejías, desviaciones, distorsiones y deformaciones de la teología tradicional.

Quinto, el ministerio de Juan es un ministerio remendador. En cuanto a esto, me preocupa que muchos tengan la impresión de que este ministerio remendador se ocupa solamente, o principalmente, de remendar los daños. Pero si estudiamos el vocablo griego *katartízo* en sus varias acepciones, además de remendar, vemos que también significa restaurar (Gá. 6:1), estar perfectamente unido (1 Co. 1:10), completar (1 Ts. 3:10), perfeccionar (2 Co. 13:11; He. 13:21; 1 P. 5:10), reparar, preparar, equipar, corregir, adecuar, juntar, acoplar y edificar. Por lo tanto, Juan no sólo está subsanando lo que fue roto, sino que él está restaurando, está poniendo en armonía, está completando, perfeccionando, equipando, preparando, adecuando, juntando, acoplando y edificando. Necesitamos este ministerio en gran manera. En el ministerio remendador de Juan existe un elemento básico y sustancial, cuyo centro es la comunión de la vida divina. Juan está en el fluir de la vida divina. Todo se halla en esta comunión. A fin de estar en esta comunión, tenemos que permanecer en el Señor por la unción basados en nuestro nacimiento divino. De este modo, disfrutaremos de las riquezas divinas. Pero el enemigo nos ataca —oponiéndose a que permanezcamos en el Señor y a que experimentemos esta comunión— valiéndose del pecado, el mundo y los ídolos. Por lo tanto, este ministerio remendador ayuda a los santos a que sepan qué deben hacer cuando pecan y les ayuda a poner al descubierto al mundo, el cual yace en el maligno, y los ayuda a vencer al mundo. Juan concluye diciendo: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:21).

Sexto, quisiera concluir este estudio de cristalización con algo que procede de lo más profundo de mi corazón: tenemos que permanecer en el único fluir, que es la comunión de la vida divina, la comunión del Cuerpo de Cristo. Permanezcamos en este fluir. Debemos orar: “Señor, guárdame en el fluir hoy y todos los días de mi vida hasta la eternidad. Señor, profundiza el fluir, aumenta el fluir, enriquece el fluir, extiende el fluir, intensifica el fluir, y causa que yo tenga este fluir en alta estima y le dé la preeminencia”. Necesitamos ver el pensamiento central que hay en la Biblia concerniente a este fluir. Yo declaro ante los cielos y la tierra, ante los ángeles fieles, ante los ángeles malignos, ante los demonios, ante todos los creyentes, ante todos los santos fieles, ante todos

los disidentes y ante todo el pueblo de la tierra, que ¡la vida divina tiene solamente un único fluir! Debemos ver esto en un sentido muy real. El ministerio de Juan era un ministerio que estaba *en el fluir* y que era *del fluir*. En el Evangelio de Juan vemos la liberación de este fluir. En las epístolas de Juan vemos el disfrute de este fluir. En Apocalipsis vemos la consumación del fluir. Sé de un hermano muy talentoso y capaz que vino al recobro en 1968, pero que jamás se rindió a este fluir. Él siempre se mantuvo bien diferenciado, separado. Trató de crear algo para sí mismo dentro del fluir, y con el tiempo nos abandonó. Es posible que dejemos el fluir, o que alguno nos desvíe, o que seamos atraídos por otras cosas para abandonar este fluir. Mi intención al decirles esto es combatir por nuestro futuro. Pude participar de una reunión que se llevó a cabo en Elden Hall en la cual repasamos un mensaje sobre Ezequiel 47. En esa reunión un hermano compuso el himno 118 de nuestro himnario, donde declaraba: “Al hogar, al hogar, al hogar de Dios, / Donde está el manantial he venido yo, / Un fluir hay aquí que no cesará”. Lamentablemente, el hermano que escribió este himno acerca del fluir y quien disfrutaba del fluir, con el tiempo, abandonó el fluir.

Concerniente al fluir único de la comunión divina, debemos hacer dos cosas. En primer lugar, debemos abandonarnos sin reservas a este fluir y renunciar a todo interés personal. En el *Estudio-vida de 1 Juan*, el hermano Lee nos dice:

En la comunión de la vida divina, nos unimos a los apóstoles y al Dios Triuno para que se lleve a cabo el propósito de Dios. Lo que Juan dice en 1:3 comunica la idea de renunciar a nuestros intereses personales y de unirnos a otros con un propósito común. Por consiguiente, tener comunión con los apóstoles, participar en la comunión de los apóstoles, y tener comunión con el Dios Triuno mediante la comunión de los apóstoles, equivale a hacer a un lado nuestros intereses personales y unirnos a los apóstoles y al Dios Triuno para que el propósito de Dios se cumpla. (pág. 49)

Les suplico a todos ustedes que tomen la decisión de no tener ningún interés personal en el ámbito del recobro del Señor. Cuando nosotros los hermanos nos reunimos, el cielo y la tierra pueden testificar que no tenemos ningún interés personal. Cuando viajo, no lo hago porque tenga un interés personal de viajar a determinado lugar. Hemos desistido de todo interés personal, y nos hemos unido al fluir que fue introducido a este país a través del ministerio del hermano Witness

Lee. Este único fluir sigue extendiéndose sobre la faz de la tierra. Permanezcan en este fluir toda su vida. Oren pidiéndole al Señor que los guarde en este fluir.

Debemos atesorar este fluir, debemos honrarlo y valorarlo por encima de todas las cosas. En agosto de 1974, mientras conducía a casa después de haber dedicado cierto tiempo a un servicio particularmente riguroso, un himno empezó a fluir dentro de mí, de principio a fin. Era *Himnos*, #222. La primera estrofa y el coro dicen:

En mi espíritu hoy brota un manantial,
El Triuno Dios fluyendo está;
Dios el Padre: el caudal, Cristo el Hijo: el canal,
Y el Espíritu vida me da.

Cuánto aprecio, el dulce fluir,
Y la vida de mi alma negar;
Profundiza Señor, el fluir
Y la vida mi premio será.

Quiera el Señor que todos sintamos gran aprecio, honremos y valoremos este dulce y único fluir de vida, renunciando a nuestra vida del alma y a todos nuestros intereses personales, a fin de que el Señor profundice este fluir en nosotros y la vida sea nuestra corona cuando Él regrese.—R. K.